

Zona de frontera. La constitución de un lugar propio en

Conquista de la pampa. Cuadros de la guerra de frontera de Manuel Prado

Carolina Grenoville

Universidad de Buenos Aires – CONICET

Resumen

Conquista de la pampa de Manuel Prado se orienta sobre todo a perfilar un tipo social en vías de extinción: el “milico” de frontera. El presente trabajo se centra, por un lado, en las estrategias discursivas mediante las cuales se busca fundamentar el derecho de este sujeto a ser recordado. Por otro, el análisis de las representaciones del espacio y de los relatos de los distintos enfrentamientos permite poner especialmente de relieve los cambios en la perspectiva y en los modos de andar de un sujeto colectivo que a lo largo del texto se irá perfilando como “conquistador”.

Palabras clave

desierto – frontera – conquista – mito – historia

Conquista de la pampa constituye una recopilación de “cuentos de fogón”, un “apilamiento de cuentitos”, en palabras de Prado, cuyas historias se ubican entre 1876 y 1883. Se trata de un texto escrito por fuera de las obligaciones propias de los encargos institucionales y mucho tiempo después de concluida la conquista definitiva del desierto. El tono melancólico y el reclamo se combinan en la prosa de Prado para rendirle homenaje a un tipo social en vías de extinción –el “milico de frontera”-, redimir los sentidos originarios que le dieron sustento a la experiencia de la conquista y denunciar la falta de reconocimiento de la actuación de esos soldados rasos.

Omisiones. En la letra la sangre no entra

Como un modo de contrarrestar el borramiento de la experiencia de los soldados y jefes menores tanto de la memoria colectiva como de la historia oficial, Prado opta en *Conquista de la pampa* como material privilegiado para sus relatos por distintas “historias de sangre” en las que participó la generación que conquistó el desierto. La restitución de la violencia es uno de los modos de los que se vale el texto para honrar la memoria de estos sujetos que han sido objeto de una doble negación: a la muerte anónima a manos del “salvaje” en medio del desierto se le añade otra equiparable a la anterior –la ausencia de sus nombres y sus hazañas en los registros oficiales:

El milico de entonces, labrador, albañil y hasta arquitecto y bestia de carga en el campamento, se transformaba con rapidez fantástica, no en el veterano perfecto del ejército alemán, pero sí en el héroe disciplinado y temerario de cuyo rastro en el desierto apenas si quedan ya, perdidos entre los pajonales o destrozados por el tiempo, los restos de la cruz, sin inscripción, que señala en la pampa la sepultura de sus huesos. (Prado 2005: 89)

Lejos de ocupar una posición de poder, el soldado que configura Prado se halla, al igual que el “indio” con el que combate, siempre amenazado. Ambos –“indio” y “milico”- se han transformado para el Estado argentino en intrusos de un espacio-tiempo que ya no les pertenece. Y la conflictiva convivencia de estos sujetos a destiempo con el gobierno nacional se traducirá en una pugna por el sentido de los acontecimientos que se libra entre la lengua oral y la lengua escrita.

Al comienzo de este relato expedicionario, se narran las extraordinarias hazañas del teniente coronel Saturnino Undabarrena, quien acompañado por unos pocos soldados sale en persecución de más de una centena de “indios” con el objeto de contener la invasión. Ahora bien, el episodio suscita lecturas antagónicas. El cuadro sangriento con que se cierra el relato honra, según Prado, al Ejército Argentino:

En el lugar donde cada soldado había caído, una rastrillada inmensa y un reguero de sangre. Donde estaban, mutilados horriblemente y desnudos, los cuerpos de Undabarrena y sus oficiales, parecía un matadero: once eran los indios muertos por aquellos bravos.

Colaso fue encontrado teniendo entre los dientes un pedazo de cuero cabelludo de un indio. En la desesperación, en la agonía, cuando luchaba herido y a golpes de puño, pues la espada fue hallada rota, ha debido derribar a su adversario y morderlo en la cabeza.

Undabarrena conservaba apretado al pecho el cabo del cuchillo que le había servido para comer en campaña.

Era aquel un cuadro que hacía honor al Ejército Argentino. (Prado 2005: 51)

Pero el suceso es objeto de reprobación por parte del ministro de Guerra Alsina, quien juzga el proceder de Undabarrena como un acto de arrojo temerario y estéril en el que se jugaron la vida imprudentemente. Los valores, saberes y modos de hacer de este sujeto, fundados eminentemente en la costumbre, comienzan a entrar en conflicto con el código escrito que rige ahora la disciplina militar y la encamina hacia su profesionalización. “Así, pues, cuando se quiera hallar la razón moral de aquel heroísmo que llena la historia de nuestros cuerpos, en el servicio de frontera, no se la busque en la ordenanza ni en la ley escrita” (Prado 2005: 79). El comportamiento de estos soldados, que Prado exalta como una manifestación de coraje y heroísmo, no cuadra con el proceso de disciplinamiento y modernización del ejército del que participa la orden de Alsina. Será a partir de las ordenanzas militares que se discriminarán los actos distinguidos de los delitos punibles y que se administrarán recompensas y penas. El “deber militar” se ajusta ahora a una nueva economía del sentido según la cual las acciones se evalúan en función de los resultados alcanzados. Prudencia, uso discrecional de las armas y una conducta racional capaz de sopesar ganancias y pérdidas son los valores que el Estado moderno exalta y contribuyen a construir un nuevo modelo de soldado y de jefe.

Una batalla similar se libra en torno a la terrible inundación de Choele-Choel. Siguiendo los consejos de los ingenieros que integraban la expedición y en contra de los dichos de los “indios”, las tropas argentinas levantan campamento en un valle a orillas del río Negro y echan allí los cimientos del futuro pueblo hasta que se ven completamente sitiados por el agua. Así como las cualidades del “milico” que el texto presenta como encomiables difieren de los atributos que se esperan de un ejército profesional, la experiencia del “indio” se contrapone con los diagnósticos que realizan estos expertos y contribuye a poner en tela de juicio, aunque sea momentáneamente, el saber de los científicos aprendido de los libros. “Yo no dudo de la ciencia del ingeniero que nos *encajó* en el valle, pero tampoco creo que fue justo reírse de los indios que nos aconsejaban no poblar allí” (Prado 2005: 107). La mirada utilitaria que el ejército posa sobre el territorio sobreimprimiendo a la imagen de la naturaleza los propios sueños de dominio y colonización les juega esta vuelta una mala pasada.

Prado, entonces, establece un combate contra el olvido en un doble sentido: ¿qué se recuerda? pero también ¿cómo se recuerda? Y como se pone claramente de manifiesto en el cambio de nombres del fortín “Chañares”, el autor prioriza en todos los casos la interpretación lisa y llana de los soldados a la lectura oficial:

“Chañares” se denominó desde entonces “Desobedientes”, en recuerdo de haber faltado su guarnición a la orden que prohibía salir al campo sin las armas; pero nosotros, que no tenemos que guardar la disciplina de una fuerza que ya no existe, rectificuemos el nombre impuesto por el jefe y cambiémoslo por este otro: “Bravos del 3”. (Prado 2005: 84)

El territorio que configura este relato expedicionario todavía, aunque por poco tiempo, les pertenece a los que cuentan con la intrepidez para sobreponerse a la adversidad y con el conocimiento de ese territorio tan vasto como enigmático. El final de la historia es conocido por todos: aunque de manera imperfecta ese espacio acabó por amoldarse a lo que una racionalidad urbanística esperaba de él.

Enunciaciones. A cada voz su sitio en el panteón

Como advierte María Rosa Lojo, en *Conquista de la pampa* la primera persona “se oculta, modestamente, tras la materia relatada, y se asume como portavoz de un sujeto colectivo mudo” (2005: 28). A lo largo del relato se emplea mayormente la primera persona del plural y la tercera persona. Sólo hacia el final, al narrar la muerte de Nogueira aparece la primera persona del singular como un modo de rendirle un homenaje especial a su amigo personal. Las valoraciones y juicios que cierran frecuentemente las narraciones dejan, sin embargo, entrever con claridad el punto de vista de este “yo” que es antes argumentador que protagonista del relato.

Con el objeto de fundamentar el derecho a que esta generación de soldados dispuestos a cualquier sacrificio por la patria sea recordada e ingrese en la leyenda de la fundación de la Nación, Prado despliega un complejo andamiaje retórico-argumental que se organiza en una suerte de cajas chinas articulando distintos niveles de enunciación, entre los que se encuentran, como vimos, documentos, como la orden de Alsina, y relatos protagonizados por otros que el narrador oyó. Es el caso del “cuento” que se narra en el capítulo titulado “El sargento Peralta. Salvados por milagro”, el cual, como se indica en una referencia al pie de página, le fue referido al narrador por José Miguel Menéndez: “El cadete que habla en este cuento es José Miguel Menéndez, que llegó a capitán en el 1º de Caballería, falleciendo en el año 1885. Tal cual lo hemos escrito nos fue referido por aquel brillante oficial” (Prado 2005: 61).

Al desplazar el marco al paratexto, el texto pone en contacto dos instancias de enunciación sin las mediaciones que normalmente acompañan los relatos referidos. Esta superposición de voces permite subsumir las experiencias personales en la materia narrada y erigir a este sujeto colectivo, el “milico”, en el único protagonista del relato. La historia de Peralta se completa con la filiación archivada en la Mayoría del cuerpo y con un nuevo relato referido, esta vez, del soldado Pedro Suárez, testigo de la distinguida acción de Peralta en el combate contra los “indios” en Chiquiló que le

valió el ascenso a sargento 1°. Dentro del vasto material probatorio que exhibe *Conquista de la pampa*, entonces, conviven en pie de igualdad los discursos oficiales y las voces de esos soldados pertenecientes a las clases populares cuyos nombres Prado recupera para la posteridad.

La configuración de este “tipo heroico” se hace principalmente mediante dos estrategias argumentativas: el ejemplo y la analogía. La argumentación por el caso se lleva a cabo a partir de la composición de micro-relatos relativamente autónomos respecto del resto de la obra que tienen como protagonista un soldado en particular pero se orientan a configurar más que una idiosincrasia, una cosmovisión compartida. Los actos loables de estos personajes contribuyen a delinear un modelo de soldado con todas las marcas de la excepcionalidad: desprecia el peligro, y si bien es abnegado y asume estoicamente los castigos que le infringen sus inmediatos superiores hay un cuestionamiento solapado a la autoridad política y militar de los altos mandos; asimismo, su sentido del deber lo lleva siempre a anteponer los intereses de la patria a los suyos propios (véase las historias de Carranza [56-60], Peralta [61-73], Paiva [77], Nogueira [101-105] y Ruibal [133-136]). Cuando se trata de encontrar un término de comparación el narrador recurre, en cambio, a la ficción. Abundan los tópicos románticos y las comparaciones con personajes literarios sacados de la literatura clásica o la novela de caballerías como si sólo la ficción pudiera igualar o superar la realidad local: “[Peralta] Saltó atrás en seguida, ágil como el felino, encogido para volver de nuevo adelante, sublime, grande, más bello que el héroe de la plebe romana, que Espartaco, miró con ironía al adversario vencido por aquella embestida irresistible” (Prado 2005: 70).

La presentación del adversario como un sujeto de envergadura también participa del panegírico del militar de frontera. A la hora de dar cuenta de los enfrentamientos, el narrador construye al “indio” como un enemigo fuerte. Al igual que como vimos anteriormente, es sobre todo a partir de algunos relatos ejemplares que el texto modela un prototipo de “indio” encomiable: es ágil, rápido, diestro en el manejo de las boleadoras pero también astuto y noble (véase las historias de Pancho Güevas [91], Nahuel Payún [96] y Paillacurá [127-128]).

Fue tan hábil Paillacurá y supo tan bien manejar los recursos de su diplomacia que, cuando, a las diez de la mañana, después de ir y venir del toldo de Reuque al campamento de Daza, refirió que el cacique había fugado, quedó *bien* en el concepto de este jefe.

No dejaba de infundir sospechas la conducta del *lenguaraz* y secretario, pero el ingenio de que había dado pruebas acabadísimas concluyó por imponerlo como amigo. (Prado 2005: 128)

El “indio” suele superarlos en número pero además aparece a lo largo de la primera parte dominando el territorio, anticipándose a los movimientos del ejército, negociando

su suerte por las vías de la diplomacia y también, cuando la situación lo requiere, por medio del engaño, todo lo cual pone en cuestión la imagen de un sujeto inerte que se impuso luego. El texto, por lo tanto, no exhibe una brecha tan grande entre blancos e “indios” sino que, por el contrario, tiende a difuminar todo límite tajante entre uno y otro bando. Soldados e “indios” aparecen en este relato militar investidos de atributos propios de la heroicidad, pero también detentando rasgos de humanidad.

Asimismo, el aspecto roto que exhibe el ejército en algunos pasajes contribuye a mancomunar a las dos facciones. Las recurrentes referencias a las condiciones sumamente precarias de la vida del soldado de frontera constituyen, por un lado, una crítica encubierta al Estado que abandona a estos “apóstoles de la civilización” a su propia suerte. Por otro, atestiguan en favor de la abnegación del “milico” pero lo aproximan al mismo tiempo y de manera escandalosa a su rival. En efecto, en más de una ocasión unos pueden perfectamente pasar por los otros, como ocurre en la emboscada que los “indios” le tienden al capitán Crouzeilles: “Entre los adversarios vióse un oficial con revólver y espada en mano que los animaba. ¿Era en realidad oficial o indio disfrazado con uniforme militar?” (Prado 2005: 148). De igual modo, la historia del pobre jujeño Cayuta que se narra hacia el final sirve para pintar de cuerpo entero a este ejército improvisado que más se asemeja a un malón que al modelo napoleónico a que aspiraba emular Roca.

Finalmente, como *Conquista de la pampa* constituye una clara tentativa por contar una guerra de conquista, la violencia será necesariamente uno de los principales puntos de contacto entre “el hijo del desierto” y el “cristiano”. “Un cadáver, un hoyo para enterrarlo y una gota de sangre más manchando la conciencia humana” son las condiciones *sine qua non* del acto de fundación de un lugar (Prado 2005: 121).

De tácticas y estrategias. El dominio del espacio

La configuración del espacio en el texto se ajusta a la construcción de la epopeya guerrera. Es sobre todo en las representaciones del paisaje donde se pone de manifiesto el proceso según el cual el blanco se constituye en un sujeto conquistador y el proyecto de conquista cede terreno a uno de colonización. En los primeros enfrentamientos que narra *Conquista de la pampa* son los “salvajes” los que detentan una posición de poder que se halla inextricablemente unida a una posición del ojo:

Los indios, desconfiados y previsores, subieron a la loma, desde donde la pampa se descubría en una extensión inmensa, para cerciorarse de que aquella tropa no era la vanguardia de fuerzas mayores que pudieran llegar y sorprenderlos.

Nada debió descubrir de anormal en la llanura el ojo de águila del salvaje cuando, dividiéndose en dos grupos, organizaron la carga. (Prado 2005: 66)

La visión en perspectiva de la pampa asegura el dominio del territorio y el triunfo sobre los blancos en el combate que se librará inmediatamente a continuación. La “mirada de águila” del “indio” no sólo le permite calcular las relaciones de fuerza sino que también circunscribe el espacio como un lugar propio. En el umbral del relato de la jornada de Chiquiló en la que Peralta descolló como bravo, el blanco se encuentra en la posición que la literatura tradicionalmente le había reservado al otro: se sabe observado y debe actuar en el terreno que organiza la ley del “salvaje”. La escena inicial de este “cuento” de Prado es simétricamente opuesta a la que configura la visión en perspectiva con que se abre “La cautiva” de Esteban Echeverría. La mirada despersonalizada desde las alturas se orientaba en el poema de Echeverría a contener el rebase de límites que se narraría luego (el festín) y concebir una utopía según la cual a cada sujeto le correspondía un sitio propio y distinto dentro de un esquema de relaciones muy preciso que, por ese entonces, sólo hallaba un lugar en la imaginación literaria. En el texto de Prado, en cambio, la mirada corporalmente situada del “indio” permite componer un cuadro de situación realista que es susceptible de ser subvertido mediante una acción cartesiana de conquista.

En otro pasaje, los blancos despliegan una mirada análoga a la descrita más arriba pero no logran decodificar felizmente la imagen que se les aparece. “¿Qué podía pasarles a la vista del fortín cuando se descubría la pampa en una extensión inmensa, despejada y desierta?” (Prado 2005: 82). La perspectiva desde el fuerte reconstruye imaginariamente un plano perfectamente horizontal. El desierto, visto “en escorzo”, se les revela entonces como una llanura sin accidentes cuando en realidad a sólo mil metros había un profundo cañadón en el que se hallaban ocultos los “indios” que los sorprenden en una emboscada.

Conquista de la pampa presenta al territorio como un sistema de signos susceptible de ser sometido a una interpretación y se constituye de este modo en una peculiar historia de la lectura. Si en la primera parte es el “indio” el que lee *correctamente* el espacio y es capaz de actuar por consiguiente de manera estratégica, será hacia el final, cuando la anexión de las tierras del otro es ya inminente, que el blanco asume exitosamente el lugar de hermeneuta. Sólo más adelante, cuando el narrador refiera las expediciones y combates que se enmarcan dentro de un plan de guerra ofensivo y no ya actos de arrojo individuales y aislados, el ejército aparecerá como poseedor de esa mirada avezada que hasta ese momento había sido patrimonio y atributo exclusivo del otro.

Cuando el sol desaparecía en el horizonte dilatado de la pampa, franqueábamos la zanja, y rumbeando a los dominios de Pincén nos lanzamos llenos de contento en el seno del desierto misterioso.

A tierra dentro, exclamaron a una los milicos; y empezaron a cuchichear entre sí contándose los unos a los otros sus sueños de esperanza. (Prado 2005: 88)

El sujeto colectivo que compone Prado se desplazará a lo largo del relato desde la posición dominada de aquel que es observado y debe actuar en un terreno que domina el otro a la posición dominante capaz de percibir, concebir y totalizar el espacio exterior, calcular las relaciones de fuerza e idear, en definitiva, una forma de la Historia.

Temporalidades. El pasado en la lógica del progreso

En contraposición con el *utopismo realista*¹ que impregna el discurso moderno de los escritores oficiales de la Conquista preocupados sobre todo por perfilar el país próspero de la “Argentina nación”, *Conquista de la pampa* sitúa al lector en un *tiempo fundante y lejano* propio del mito para construir desde allí una epopeya guerrera capaz de delinear el carácter heroico de esta generación de militares. En *La conquista de quince mil leguas*, texto que Estanislao Zeballos escribe a pedido de Julio A. Roca con el objeto de demostrar la importancia y factibilidad de extender la frontera hasta el Río Negro, la mirada utilitaria sobre el territorio se traduce en una superposición del futuro sobre el presente. El narrador contempla extasiado un ejército disciplinado, ríos navegables por donde circulan los transportes con la copiosa producción, activos astilleros y poblaciones levantados con las maderas de los bosques seculares, zonas adecuadas para la siembra y la cría de ganados, como si efectivamente esa realidad virtual se desplegara ante sus ojos. La riqueza por venir una vez ocupado el “desierto” se presenta como un hecho porque, como afirma el presidente Nicolás Avellaneda, “la pericia y la abnegación militar se adelantan al tiempo” (citado en Zeballos 2008: 282). En una Nación en pleno proceso de crecimiento donde la preeminencia del porvenir le impone al presente una aceleración dinámica y contribuye a borrar el pasado antes de tiempo, Prado opta por una dimensión temporal diferente: el anacronismo. Su relato expedicionario se orienta a rescatar del olvido a este sujeto destinado a *desaparecer* que la lógica del progreso y el proceso de modernización que él mismo contribuyó a consolidar relegaron paradójicamente a un plano marginal en el reparto de los honores.

¹ Vanni Blengino designa con este término el utopismo de raíz positivista y evolucionista del siglo XIX según el cual el futuro estaría al alcance de la mano y “su advenimiento estaría asegurado por el camino mismo de la historia” (2005: 26).

Cada fortín de la pampa tiene su historia de sangre; y el labrador, al romper con el arado aquella tierra, ignora que va removiendo las cenizas de una generación que conquistó el desierto.

Cuando se libró al servicio público la línea férrea que va hasta Trenque Lauquen, la mayoría de los invitados a la fiesta inaugural cruzaban la pampa sin un recuerdo, sin una idea que les hiciera pensar en otra cosa que en el centro agrícola o la colonia que podrían adquirir. (Prado 2005: 80)

El presente en el que se sitúan los relatos que narra Prado se halla comprimido entre el pasado y un futuro cuyo advenimiento parece asegurado. En medio de esta tensión entre prehistoria y modernidad, el “milico” de frontera y el “indio” serán evocados una vez más antes de que la nueva composición étnica de la Nación los borre definitivamente del mapa.

Este relato de frontera se halla en el cruce entre tres momentos de la literatura argentina del siglo XIX. Si, por un lado, la generación romántica transforma la pampa en concepto al configurar el “desierto” como una extensión inmensa, despejada y tratable; y, por otro, el discurso oficial de la Conquista del Desierto –cuya formulación más acabada se produce en la prosa moderna de Olascoaga o Zeballos- busca poner de manifiesto que las instituciones del Estado están en funcionamiento; la crónica de Prado narra el proceso de adecuación del vasto territorio a los parámetros de una racionalidad urbanística, su inscripción dentro de la lógica del progreso y la configuración y consolidación de un punto de vista –el del conquistador. Y en este relato de pasaje, Prado recupera la violencia instituyente que había sido soslayada al evocar nuevamente los crímenes perpetrados tanto en un nivel simbólico (olvidos, imprecisiones e invenciones) como objetual (los cadáveres propios y ajenos) sobre los que se erigirá la Nación.

Bibliografía

Blengino, Vanni (2005). *La zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes y escritores*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Echeverría, Esteban (1983). *La cautiva. El matadero*, Buenos Aires, Editorial Abril.

Lojo, María Rosa (2005). "Estudio preliminar". Manuel Prado, *Conquista de la pampa. Cuadros de la guerra de frontera*. Buenos Aires, Taurus, 9-40.

Prado, Manuel (2005). *Conquista de la pampa. Cuadros de la guerra de frontera*, Buenos Aires, Taurus.

Zeballos, Estanislao S. (2008). *La conquista de quince mil leguas. Ensayo para la ocupación definitiva de la Patagonia*, Buenos Aires, Ediciones Continente.